

Identidades en conflicto en la Irlanda moderna

Compulsiones de libido política

Roy Foster

Roy Foster es profesor de Historia en la Universidad de Oxford, donde ocupa la Cátedra Carroll de Historia de Irlanda. Ha trabajado ampliamente sobre historia irlandesa, sociedad y política en el periodo moderno y política y cultura en la época victoriana. Es un especialista en la Irlanda contemporánea. Entre sus obras cabe señalar: *Modern Ireland 1600-1972* (Londres, 1988), *W. B. Yeats, A Life* (2 vols.: Oxford, 1997; Londres, 2003), *The Irish Story: Telling Tales and Making it up Ireland* (Londres, 2001), así como «*Something to Hate: intimate enemies in Irish history*» (*Irish Review*, 2003).

① Este texto, por expreso deseo del autor, mantiene su forma oral como producto de la conferencia pronunciada, el 11 de mayo de 2006, en el Colegio Mayor Rector Peset de la Universitat de València en el marco del ciclo *Identidades en conflicto*.

② *Encounter*, junio, 1963.

Esta noche mi título es «Identidades en conflicto», un tema sobre el que voy a discutir en relación con la Irlanda contemporánea, aunque es una cuestión relevante para muchas otras partes de Europa ①. El concepto de «identidad» se ha convertido en algo muy de moda, tal vez por la dislocación de las grandes construcciones ideológicas; los historiadores están ahora muy interesados en fenómenos que tienen una dimensión psicológica tales como la memoria, el lenguaje y la religión y todo lo que sirve para confeccionar la nacionalidad: por no mencionar el nacionalismo, que no es la misma cosa. Pero está también la cuestión de en *contra* de qué es definida la «identidad», esa construcción percibida como lo que no es «uno mismo» y que es, de hecho, el enemigo. Todo esto puede, de nuevo, sonar familiar para la experiencia española (y catalana).

La «identidad», como ustedes saben, está fundada en gran medida en una comprensión de la historia que presupone algún tipo de «propiedad» e identificación con acciones realizadas por otros mucho tiempo atrás. Ello puede implicar afirmaciones bastante exclusivistas, que tienen poco que ver con la historia tal y como realmente sucedió, pero que responden a una necesidad psicológica. Hace medio siglo, Arthur Koestler escribió una *Guía para las neurosis políticas* ② donde acuñó el concepto de «libido política»: allí donde el yo inseguro fundamenta su identidad en la nación, tribu, iglesia o partido. «Cuando esta tendencia inconsciente hacia la identificación produce resultados placenteros, éstos son admitidos de buen grado por el yo inconsciente (y así) cada americano siente satisfacción por la Guerra de Independencia como si hubiera luchado en ella». Esto puede aplicarse también a Irlanda, donde la «memoria colectiva» y un «volver a experimentar el pasado» se han convertido en una especie de divertimento nacional para políticos en búsqueda de credibilidad o expertos que tratan de anotarse un tanto. Tal vez esto sea reconocible también en algunos aspectos de la experiencia española.

En Irlanda, los conflictos sobre la identidad han tenido siempre un carácter cruzado. Históricamente hablando tenemos el conflicto entre los nacionalistas irlandeses y la identidad de los británicos (con minúscula) que gobernaron el país durante siglos y que (entre 1800 y 1921) trataron de incorporarlo a una Unión que englobaba ambas islas. Tenemos, también, el conflicto de identidades dentro de la propia isla de Irlanda, entre la mayoría católico-nacionalista y la minoría protestante-unionista, quienes desde 1921 permanecen en su territorio de Irlanda del Norte, todavía parte de la Unión con Gran Bretaña.

Esta noche hablaré principalmente sobre el pasado más reciente. Será, sin embargo, necesario mirar hacia atrás, hasta el momento en que la mayor parte de Irlanda alcanzó la independencia de Gran Bretaña, en 1921. Esto es así porque, a partir de ese momento, la Irlanda independiente (aunque no se convirtió en República hasta 1949) alcanzó una relación de mayor igualdad y amistad con su viejo enemigo; mientras que en Irlanda del

Norte, y algunas veces desbordándose, los viejos antagonismos entre las dos identidades *irlandesas* (unionista y nacionalista, lo que hasta cierto punto significa protestantes y católicos) alcanzaron un relieve cada vez más y más áspero. Ahora, por otra parte, podemos estar asistiendo a un *revival* de un lenguaje chauvinista y atávicamente nacionalista que algunos de nosotros creíamos que había desaparecido. Ocurre como en el famoso poema de Cavafis, «Esperando a los bárbaros», donde los habitantes de una ciudad consumen sus vidas esperando la llegada de los bárbaros y su ataque, hasta que llega el día que comprenden que los bárbaros no existen. Entonces tienen que decidir sobre qué van a concentrar ahora sus energías, ahora que el antiguo enemigo ha desaparecido.

1916 como *flashback*

Todo parecía mucho más sencillo hace casi un siglo cuando se trataba simplemente de luchar contra el dominio británico. Al menos ésta era la versión nacionalista de la historia. En 1916, exactamente hace noventa años, se produjo una fracasada insurrección contra el dominio británico, por parte de nacionalistas irlandeses revolucionarios, planeado con ayuda de Alemania en el corazón mismo de la Primera Guerra Mundial. La ayuda alemana no llegó y los rebeldes fueron ejecutados tras juicios sumarios por traición. Esto inició un giro decisivo en la opinión irlandesa a favor de su causa. El partido nacionalista moderado y constitucionalista, que había perseguido el «Home Rule», es decir la autonomía irlandesa en el marco del Imperio, fue desplazado en favor de un programa más radical, que condujo a una guerra de guerrillas: la guerra de «liberación». Fue una lucha en busca de la «libertad». Pero incluso al decir esto, se está suscribiendo la manera como los rebeldes concebían la historia, una historia que, como sabemos, es escrita por los vencedores.

¿Realmente no era libre Irlanda en 1916? Estaba representada por 103 escaños en el parlamento de Westminster, elegidos democráticamente según las prácticas electorales del momento ③. Existía un poder judicial independiente, un funcionariado reclutado según criterios muy abiertos, una muy amplia distribución de la propiedad de la tierra gracias a las Land Acts, y una efervescente sociedad civil, con un rápido desarrollo de sociedades obreras y otras organizaciones; sistemas educativos notablemente avanzados y una prensa excepcionalmente vivaz (y no sometida a censura). La Home Rule fue repetidamente propuesta en el Parlamento Británico, y finalmente aprobada en 1912.

Sin embargo, la versión de la historia manejada por los revolucionarios triunfantes prefería ignorar estos aspectos tan mundanos. Asimismo orillaba dos cuestiones muy relevantes. Como dijo Ernest Renan, construir una historia nacional implica malinterpretar deliberadamente algunas cosas. Primero, la versión nacionalista de la historia tendía a marginar el hecho de que había una Guerra Mundial rugiendo en 1916, y que 150.000 irlandeses se habían alistado voluntariamente para luchar por el Imperio británico. Ello indica que existían otras identidades, otras lealtades, otras versiones de pertenencia más allá de la nacionalista. Otro olvido deja todo ello aún más claro. Se trata del hecho de que la razón por la que los irlandeses no habían alcanzado el «Home Rule» no era porque los británicos lo hubiesen rechazado. Al contrario, había sido aprobado en el Parlamento británico y muchos dirigentes británicos en Irlanda creían en ello firmemente. No, lo que había parado el «Home Rule» había sido la resistencia de un millón de irlandeses e irlandesas en el noroeste de Irlanda que se llamaban a sí mismos «unionistas» y que eran protestantes prácticamente en su totalidad.

③ Voto secreto, sin restricciones en las campañas electorales, con un electorado de dos millones en 1918, con gobiernos locales elegidos sobre amplias bases. Setenta y cinco escaños fueron conseguidos por el Nationalist Home Rule Party.

La posición del Ulster

El noroeste de la isla, llamado de manera inapropiada «Ulster», ha vivido bajo pautas diferentes al resto de la isla durante centurias. Una política planificada de asentamiento y conquista desde finales del siglo XVI estableció una comunidad protestante que (en este área nororiental) superaba a la población católica local en proporción de dos a uno. Tres siglos más tarde, los protestantes constituían una clase que ocupaba una posición de privilegio económico y social en la única zona de Irlanda que había prosperado durante la revolución industrial y que disponía de grandes centros comerciales y de producción manufacturera. Esa comunidad proporcionaba también una clase de trabajadores protestantes que eran igualmente conscientes de su estatus superior y de sus mejores oportunidades de vida respecto de sus vecinos católicos. Diferencias de lealtad e identidad tomaron una coloración religiosa, a menudo como una manera de definir las cosas. Así, un conflicto recurrente (sobre el uso de la tierra, sobre enfrentamientos en el lugar de trabajo, sobre procesiones religiosas) llegó a ser una forma de vida.

A medida que, desde finales del siglo XIX, el nacionalismo irlandés adoptó una forma más radical y más definitivamente católica, el unionismo en el noroeste se extremó en consonancia, y, además, a menudo de una forma definitivamente anticatólica. El alzamiento de 1916, por añadidura, definió la identidad política de la Rebelión Irlandesa en términos específicamente místicos y martiroológicos, igualando el sacrificio de Cristo por la humanidad con el sacrificio de los rebeldes por «Irlanda» —una Irlanda que de manera tácita no incluía a los unionistas irlandeses. Por entonces, estos unionistas habían organizado una fuerza paramilitar capaz de resistir el «Home Rule» y se preparaban para un estado secesionista y no para unirse a una Irlanda autogobernada —por muy moderado que este acuerdo de autogobierno pueda parecernos hoy. Ellos fueron, como ya he dicho, el verdadero obstáculo para la aprobación del «Home Rule». Es cierto que el gobierno británico se comportó de una manera muy débil frente a esta resistencia inconstitucional y trató de negociar con ella. Pero esto no altera el hecho de que una rebelión armada contra los británicos, escenificada en Dublín, no iba a desactivar ni acabar con la resistencia del Ulster unionista. En realidad, tendría el efecto opuesto, especialmente si tenemos en cuenta que, en aquel mismo momento, miles de soldados del Ulster estaban dando sus vidas por el Imperio en la terrible masacre del frente occidental. Fue el alzamiento de 1916, y la subsiguiente campaña contra la policía y el ejército en Irlanda, la que hizo inevitable la partición entre un norte protestante-unionista, y toda la parte restante católico-nacionalista de la isla.

Esto es lo que sucedió en el Tratado de 1921. Los nacionalistas irlandeses consiguieron su cuasi-independiente país, aunque todavía nominalmente dentro del Imperio británico durante 20 años más. Pero *no* tenían la isla *entera*, ni al millón de unionistas del Ulster que habían rechazado esta forma de identidad. Ello creo una gran dificultad para los nacionalistas irlandeses que argumentaron que esa era una responsabilidad del malvado gobierno británico, el cual había partido deliberadamente la isla para retener una parte del territorio nacional. No es verdad. Los británicos no habían *sustentado* de manera deliberada el conflicto en el Norte, aunque los políticos británicos algunas veces lo *explotaron*. Naturalmente, esto se convertiría en una apuesta fáustica.

De hecho, todos los documentos gubernamentales relevantes de este periodo muestran que los políticos y funcionarios británicos más inteligentes se mostraban muy inquietos ante la posibilidad de que la partición fuera a ser una situación permanente; veían los problemas que ello podría causar, con una atrincherada mayoría de unionistas controlando a una permanente gran minoría de nacionalistas católicos. A pesar de todo se dejó a estas dos identidades encerradas y en conflicto en el nuevo mini estado llamado «Irlanda del Norte». El nacionalismo de la minoría católica se mantuvo como un sentimiento feroz y, por así decir, en una especie de distorsión temporal. Lo mismo sucedió con la vehemencia de la fe política unionista, mantenida, a través de la inseguridad, en niveles enfebrecidos. Mientras tanto, en la nueva República de Irlanda (convertida en tal en 1949), se desarrolló una forma de «nacionalismo sagrado», con la religión (en un país católico en un 95%) y el nacionalismo muy íntimamente identificados.

De hecho, las identidades irlandesas en el siglo XIX e inicios del siglo XX, antes de la gran dislocación de la guerra y la revolución, habían sido mucho más diversas y matizadas. Trabajos académicos muy recientes han explorado la identificación irlandesa con el imperio británico, y las diferentes formas como los irlandeses se veían a sí mismos —étnicamente irlandeses pero políticamente británicos, en el caso de la clase media irlandesa— *ocupando* una posición que les cualificaba para gobernar «nativos» en el lejano Imperio. El término «postcolonial» es usado tan a menudo para referirse a la posición de Irlanda en el siglo XX que la gente asume que Irlanda era una «colonia» en el siglo XIX, lo cual es una proposición muy dudosa. En cierto sentido, su posición era más bien como la de aquellos países menos industrializados de Europa; la relación de su economía regional con el mercado británico no era estrictamente «colonial» tampoco. Aquí también la palabra «regional» es más relevante. Y el hecho de que los irlandeses estuvieran representados directamente en el Parlamento metropolitano, y de que logaran éxitos importantes en muchas áreas del establishment británico, contradice las laxas generalizaciones sobre el «estatus colonial» y la «discriminación racial» que son hechas a menudo por sociólogos y geógrafos. Las identidades irlandesas son mucho más complejas que todo ello.

Cómo se fijaron las identidades en el siglo XX

Así pues, en los años veinte, la revolución irlandesa había generado dos estados. Existía un «Estado Libre de Irlanda», más tarde la República de Irlanda, un estado católico en todos los sentidos menos en el nombre. Y además existía un pequeño estado, el de «Irlanda del Norte», protestante en sus dos tercios, católico en el tercio restante, con su gobierno local propio pero que además enviaba representantes al Parlamento británico de Westminster. En la República, las cuestiones identitarias eran ahora mucho más simples —especialmente cuando tantos protestantes y unionistas que no habían apoyado la revolución emigraron en los años veinte. La cultura oficial enfatizó un ethos católico y nacionalista e intentó (de manera muy costosa pero con poco éxito) imponer la lengua irlandesa como la primera lengua oficial, e instituir una cultura gaélica que rechazara influencias decadentes procedentes de Gran Bretaña (y también de América y Europa). En parte esto era así para disfracar el embarazoso hecho de que la independencia no se había convertido en la solución de todas las dificultades tradicionalmente asociadas a Irlanda, significativamente

la pobreza (ésta no desaparecería hasta que Irlanda se asoció a una «unión» mucho más provechosa, en 1973). Cuando la segunda guerra mundial estalló en 1939, la experiencia de Irlanda divergía ya notoriamente de la de Irlanda del Norte, que por supuesto fue arrastrada a la gran conflagración junto con el resto de Gran Bretaña y contribuyó en gran medida al esfuerzo de guerra. Mientras tanto el resto de Irlanda permaneció neutral (aunque, como sabemos ahora, fue una neutralidad muy probritánica, hubo también un alto grado de sentimiento y actividad proalemanes entre los nacionalistas radicales). Poco después de que la guerra terminara, Irlanda se declaró a si misma una República y abandonó la Commonwealth británica; el gobierno británico, en represalia, reafirmó la posición de Irlanda del Norte dentro del Reino Unido.

Así pues estas identidades en conflicto se hallaban, en cierto sentido, reajustadas. La República parecía una unidad cohesionada y socialmente (aunque no económicamente) exitosa, muy influenciada por una cultura católica gobernante donde la Iglesia ejercía un poder considerable, aunque indirecto. La actitud oficial hacia Irlanda del Norte era la de que se trataba de una «negocio inacabado», y que debería ser parte de la república, y de hecho esta postura estaba oficialmente sancionada en los artículos 2 y 3 de la Constitución nacional. Lo que esto suponría para la identidad del millón de protestantes y unionistas, si fueran súbitamente integrados en la República católica, nunca fue examinado. ¿Tendrían que emigrar? ¿Pasar a ser *convertidos* de la noche a la mañana? En el norte, la gran minoría católica vivía como en una sensación de exilio, sabiéndose discriminados por el gobierno de los unionistas y la cultura protestante. Su mirada hacia la república, era una extraña mezcla de idealización y resentimiento.

Significativamente, todavía lo denominaban el «Estado Libre» incluso cuando ya se había convertido en República, puesto que sentían que la palabra República debería ser aplicada sólo a la isla en su totalidad, completamente libre de la influencia o de cualquier grado de conexión con los británicos, que era por lo que los rebeldes de 1916 habían muerto. Pero este era un ideal platónico.

Tanto en el norte como en el sur, la identidad política y la religiosa iban estrechamente de la mano, y construían el lenguaje de la inclusión y la exclusión. Tal vez a causa de ello, la política no tomó –como sucedía en Gran Bretaña– la forma de una división izquierda/derecha, entre los laboristas y los conservadores; la religión y el nacionalismo continuaron construyendo identidad. En Irlanda del Norte, la creencia de sus gobernantes era que ser católico era ser desleal, pues significaba lealtad hacia el gobierno de Dublín y hacia el papa de Roma lo cual amenazaba el Estado británico. A menudo el lenguaje que expresaba todo ello era deliberadamente arcaico, y sonaba más propio del siglo XVIII que del XX. Ello ha llevado a muchos analistas a tomarlo menos seriamente de lo que deberían.

En la República, como ya he dicho, la identidad política y social era más coherente y contaba con un apoyo mayor en general. Aquellos que demandaban una identidad diferente eran minorías pequeñas. Una estaba compuesta por intelectuales disidentes, tanto católicos como protestantes, quienes alzaban objeciones contra la cultura muy confesional de la República –incluyendo la imposición de la enseñanza católica tanto como la oposición a la contracepción y el divorcio o la censura artística. Sus escritos fueron frecuentemente prohibidos por el gobierno. En el otro extremo se hallaban los irreconciliables republicanos, que habían cri-

ticado el tratado de 1921 por no romper suficientemente con Gran Bretaña. Hacia los años cincuenta, la principal fundamentación de esta identidad política había cambiado: ahora convirtió la partición en el centro de sus demandas, y continuó apelando por la causa de la reunificación de la isla, por la fuerza si era necesario. Pero se trataba de una minoría muy exigua, y su ala militar, el IRA, era ahora ilegal incluso en la República.

Los años sesenta y la desintegración

Este es el trasfondo histórico de los años sesenta, cuando el glaciar inmóvil de la política irlandesa empezó a moverse y se convirtió en algo parecido a una avalancha. No quiero ofrecer aquí una narración de este proceso. Pero sí quiero identificar algunas preguntas y tal vez sugerir algunas respuestas; así como lanzar una mirada hacia donde se encuentra ahora el tradicional conflicto de identidades en Irlanda.

¿Por qué aparecieron estas rupturas por primera vez en los años sesenta? Hay una interpretación que pone el énfasis en que fue en esta década cuando la minoría de católicos del norte, espoleados por el reconocimiento del grado de discriminación ejercido contra ellos, decidió demandar sus derechos civiles, especialmente en relación a la asignación de la vivienda de protección oficial. Ello inició una reacción que rápidamente entró en una espiral de violencia. La Asociación por los derechos civiles del Norte de Irlanda (NICRA) que inició su andadura de la mano, no de nacionalistas revolucionarios, sino de la instruida y resentida clase media, abrió la caja de Pandora. Cuando la violencia estalló, con los ataques de las fuerzas policiales y de las turbas protestantes sobre las marchas y manifestaciones, el gobierno británico reaccionó con el mismo tipo de pusilanimidad y tácticas ineptas que había practicado a inicios del siglo XX. Ésta puede ser una parte de la historia, pero no toda ella. También deberíamos recordar, en un cierto sentido, el punto de vista que Tocqueville adoptó para analizar la Revolución francesa: que el momento de mayor inestabilidad no se produce cuando la miseria alcanza su nivel más crítico, sino de hecho cuando las cosas empiezan a mejorar. En varios sentidos, esto es cierto para los católicos del norte a mediados de los años sesenta, debido a la educación y la mejora de sus condiciones sociales.

También a mediados de los sesenta, dos sucesivos primeros ministros de la República de Irlanda, Sean Lemass y Jack Lynch, intentaron y dieron los primeros pasos para una relación más racional entre su país y la parte noroeste de la isla. Ello implicó tan sólo algunas visitas entre el norte y el sur para discutir asuntos como la cooperación económica. Pero en la medida que tanto Lemass como Lynch eran miembros del partido tradicionalmente irredentista, el Fianna Fail, cuya línea oficial reclamaba estridentemente una rápida reunificación, muchos de sus seguidores se inquietaron. Además la posición adoptada por el líder del unionismo del Ulster, Terence O'Neill, fue incluso más sensible. Como la historia española demuestra, se requiere una gran habilidad política para introducir reformas partiendo de posiciones reaccionarias. Y O'Neill no tenía mucha habilidad política.

Aún así es posible imaginar un escenario benigno, en que el ethos liberalizador de los años sesenta podría haber diluido los antiguos antagonismos y permitido una reconsideración de las identidades en conflicto. Un intelectual liberal disidente escribió a mediados de los cincuenta que con actitudes más ilustradas, cooperación a ambos lados de las fronteras y el desvanecimiento de la agresión sectaria y confesional, las fronteras entre la República e Irlanda del Norte podrían simplemente desprenderse y desaparecer, «como una tiritita

④ Hubert Butler, *Grandmother and Wolfe Tone* (Dublín, Lilliput Press, 1990), pág. 68.

⑤ Aunque la policía continuó siendo un área de las mayores dificultades y en cierto sentido todavía lo es.

de una herida que ha sanado»④. Tal vez esto es lo que el pensamiento de los liberales estaba esperando a mediados de los sesenta. Pero muy rápidamente, violentos enfrentamientos se desarrollaron en el Norte, con luchas sectarias en los guetos. Algunos de los problemas de discriminación fueron rápidamente abordados, con el informe de la Comisión Cameron en septiembre de 1969, y la abolición de la notablemente sectaria fuerza especial de policía protestante, los B-Specials ⑤. O'Neill encontró muy pronto el rechazo por parte del ala derecha de sus colegas unionistas; pero sus sucesores pronto aprendieron que para mantener algún tipo de control, y para tener alguna influencia en un gobierno británico crecientemente impaciente, tendrían que ensayar algunas prácticas liberalizadoras también. Y una razón por la cual los acontecimientos se deslizaron más allá de su control, y por la que el gobierno británico suspendió la desacreditada asamblea local en Stormont y asumió el gobierno directo de la provincia, fue el renacimiento del IRA, que adoptó la violenta misión de desestabilizar el estado a través de asesinatos y coches bomba.

¿Cómo pudo suceder? De nuevo la interpretación heredada señala que el NICRA y sus aliados estudiantes-activistas de Democracia del Pueblo (People's Democracy), no eran movimientos «republicanos» que buscaran la reunificación con la República. Lo que habrían buscado habría sido la reforma desde dentro del sistema y, aunque muchos de ellos se situaban en el corazón mismo del nuevo partido político constitucionalista y nacionalista, el SDLP, no eran un frente nacionalista, como los paranoicos unionistas daban por sentado. Usualmente se piensa que la política nacionalista solamente emergió tras la violenta y claramente parcial respuesta de la fuerza policial, cuando las áreas católicas de Derry y Belfast necesitaron súbitamente de estructuras de defensa comunitarias. En este vacío que se eternizó, renacieron nuevas formas de acción violenta y también el IRA. El advenimiento del ejército británico, inicialmente bienvenido como fuerza que iba a mantener la paz pero rápidamente rechazado por su sesgo contra la población nacionalista, completaron este proceso. Esta situación pudo ser presentada por la publicidad del IRA —manejada por su ala política, el Sinn Féin— como la continuación de la guerra de guerrillas contra las fuerzas del Imperio, que tomaba el testigo del alzamiento de Pascua de medio siglo antes y que era incluso su corolario.

De manera creciente, sin embargo, el análisis académico de estos años va revelando que desde los mismos inicios de las movilizaciones por los derechos civiles en 1967-1968 hubo una vanguardia radical en acción, con una agenda republicana y revolucionaria. La conciencia de la protesta internacional del mundo estudiantil, los frecuentes y fáciles viajes a América, Alemania y Francia y la retórica radical que iba creciendo allí, así como la creencia de que Irlanda podría ser una «Cuba europea», deben ser recordados, por muy extrañas que estas ideas nos puedan parecer ahora. Parece como si la división entre la izquierda y la derecha podía ahora aparecer súbitamente y sustituir las antiguas formas de identidad. Ciertamente se tenía la convicción de que el estado de Irlanda del Norte podía y debía ser desestabilizado hasta el punto de que pudiera desmoronarse debido a las manifestaciones masivas.

El IRA desde los años sesenta

Un creciente interés académico se ha dedicado también a los avatares del IRA en este periodo. A inicios de los sesenta, el IRA parecía un elemento arcaico en la vida política irlandesa, representante de una identidad política irredentista que tenía poco que ver con las realidades de la vida moderna. Algún acto simbólico y ocasional de violencia, a menudo

contra algún monumento o estatua, representaba el punto máximo de su actividad a partir de inicios de los cincuenta. Pero en el seno del movimiento se estaba formando una nueva tendencia interesada en la teoría socialista y comunista y que veía los aspectos católico-confesionales más tradicionales de la identidad nacionalista como desfasados y limitadores. Las implicaciones que esto tuvo fueron de largo alcance y no siempre se percibieron bien en su momento. Por una parte, porque la historia de inspiración marxista siempre encontró difícil acomodar el nacionalismo tradicional, y a menudo terminó por alejarse de él. Por otra parte, una creencia en el análisis económico de Marx rápidamente conducía a analizar que el desarrollo económico del Ulster comparado con el resto de Irlanda era tan divergente que sus respectivas realidades sociales serían profundamente diferentes también, así que los desarrollos revolucionarios deberían seguir direcciones y cronologías diferentes en el norte y el sur. La formulación extrema de todo ello es la teoría denominada «teoría de las dos naciones» que argumenta, desde un planteamiento marxista estricto, que la naturaleza desigual del desarrollo en el norte y el sur significa que la reunificación no puede ser ya una opción. Es sorprendente que muchos activistas que empezaron como republicanos socialistas en esta época terminaran como socialistas que *no* creían en una Irlanda unida, y de hecho se convirtieron en los enemigos más implacables de sus antiguos camaradas en el IRA.

Esto ocurrió tras la división del movimiento en 1969, por una parte con el sector de los autodenominados IRA Oficial, que renunciaron en breve a la violencia como método para la reunificación, y lanzaron una advertencia sobre el peligro de fortalecer la violencia sectaria en el norte. Los miembros del IRA Oficial eran a menudo gente que había vivido en Gran Bretaña, y que se habían involucrado allí en la política del laborismo, o se trataba de personas que habían participado en las actividades políticas de los estudiantes en la República. Eran además notablemente mucho menos confesionales en su aproximación política. Por otra parte, y frente a ellos, estaba el IRA Provisional (y su ala política el Sinn Fein Provisional) que abogaba por una guerra tradicional en el norte contra el invasor británico y el sajón opresor –en realidad sus vecinos unionistas y protestantes. Frecuentemente estaban apoyados por simpatizantes en la República y América. Este ala era notablemente mucho más atávica; su identidad era mucho más estentóreamente católica; sus líderes eran gente crecida en Inglaterra de raíces irlandesas y que habían preservado actitudes del pasado. Sus soldados tendían a proceder de los inquebrantables guetos católicos de Derry y Belfast, o de comunidades rurales de la frontera. Aquí, de nuevo, estamos contemplando identidades en conflicto, un conflicto entre socialistas modernizadores y pistoleros del viejo (o del nuevo) estilo. Es significativo que el futuro fuera a estar del lado de los provisionales, aunque su identidad e ideología pareciera mucho más atávica.

La reunificación era su prioridad, a través del uso de la violencia, y a través de la exacerbación de los odios de las identidades sectarias en Irlanda del Norte. Lograron atraerse a jóvenes ambiciosos como Gerry Adams o Martin McGuinness, quienes (en los años setenta y a inicios de los ochenta) trataron de adoptar algo de la retórica internacionalista y socialista de aquellos que se habían unido al IRA Oficial, pero pronto la abandonaron a favor del lenguaje y la iconografía de viejo estilo del nacionalismo católico. La proclamación de esta identidad les ayudó a ganar un enorme apoyo financiero procedente del elemento igualmente más atávico y reaccionario de la América irlandesa.

La realidad de cómo se prosiguió la guerra contra los unionistas, protestantes, policías, soldados y, de tanto en tanto, la población civil de Irlanda del Norte, es otro asunto. Pero este no es el momento de enumerar las tres mil vidas perdidas durante los «Troubles» (Disturbios), o los desarrollos políticos (o su falta de ellos) que acompañaron al cuarto de siglo de carnicería hasta las treguas de mediados de los noventa y el «Acuerdo del Viernes Santo» de 1998, que ha construido la dificultosa paz que existe hoy. Quiero, en el tiempo que me resta, considerar lo que treinta años de historia irlandesa, en el norte y en el sur, han significado para estos tradicionales conflictos identitarios. Y el primer aspecto a señalar aquí es que el Acuerdo del Viernes Santo aceptado por el Sinn Fein (a través de Adams y McGuinness) y los unionistas oficiales (David Trimble) no ha supuesto una Irlanda unida: de hecho, lo opuesto. El estatus separado de Irlanda del Norte dentro del Reino Unido está garantizado por tanto tiempo como una mayoría así lo desee. La minoría católico-nacionalista ha visto garantizado igualmente un papel en el gobierno, bajo un sistema que diseña un reparto del poder. La influencia de la república ha sido confirmada, como garante de la minoría nacionalista en el norte, y se han creado numerosas conexiones de cooperación norte-sur, en términos de aspectos económicos y recursos compartidos. Y se ha asegurado el reconocimiento de la identidad cultural de la minoría católico-nacionalista en el norte, junto con sus aspiraciones a una reunificación pacífica.

Las directrices para buena parte de todo esto habían sido evidentes desde el acuerdo anglo-irlandés de 1985, que es en diversos sentidos mucho más que un hito. La mayor importancia del acuerdo del Viernes Santo reside en realidad en el hecho de que el Sinn Fein lo firmó. Al hacerlo, de alguna manera, veladamente, admitió que el sector más secularizado del cual se habían separado para embarcarse en su campaña de atentados de 1969-1970, tenía razón. Además ahora, formalmente, representaban una posición casi idéntica a la del nacionalista y constitucional SDLP. Cerca de treinta años de violencia no les ha acercado más a una Irlanda unida. Estaban aceptando un acuerdo que vería a antiguos líderes del IRA formar parte de un gobierno en Irlanda del Norte como ministros de la reina. Los nuevos acuerdos verían además a su partido atrincherado en la política de Irlanda del Norte como la voz de la comunidad nacionalista –y, esperaban, les daría también una significativa presencia en la República; esta Irlanda partida que habían jurado destruir. En cierto sentido, su propio fracaso para llevar adelante este proyecto, debe unirse a la fuerza de estas identidades tradicionalmente en conflicto entre protestantes/unionistas y católicos/nacionalistas, que las campañas del IRA tanto reforzaron e inscribieron aún más profundamente en el paisaje político de Irlanda del Norte. Pero también está íntimamente conectado a su escasa habilidad para entender hasta qué punto y con qué rapidez la identidad política estaba cambiando en la República a lo largo de este tiempo.

La Irlanda posterior a los años setenta

Desde inicios de la década de los setenta la república de Irlanda empezó a experimentar una serie de cambios que forman el trasfondo necesario para la transformación social y económica del país en los años noventa en el denominado «Tigre Celta» de la Europa Occidental, con tasas masivas de crecimiento económico, una considerable productividad industrial, espectacular inversión interior y una inmigración sin precedentes. Todo ello, además, ha ido de la mano de una notable liberalización y secularización de

⑥ Ciertamente el ingreso en la CEE en 1973 ha sido una causa, así como una nueva aproximación a las finanzas nacionales, una revolución tranquila en las relaciones laborales y una fuerte inversión en la infraestructura educativa.

la sociedad. Hay muchas razones para explicar todo esto, y no voy a tener tiempo de describirlas aquí ⑥. Para nuestros propósitos, hay dos preguntas que me gustaría traer a colación. En primer lugar, qué significó todo esto para la identidad política en el norte —especialmente entre los nacionalistas católicos más tradicionales, pero *también* para los unionistas de miras tradicionales, que siempre habían visto la República como económicamente atrasada y religiosamente primitiva, de manera parecida a como los estadounidenses ven a México. En segundo lugar, me gustaría preguntarme qué significó para las actitudes a adoptar dentro de la República, tanto hacia Gran Bretaña como frente a la retórica nacionalista tradicional dentro de su propia jurisdicción.

Las actitudes de los nacionalistas de Irlanda del Norte hacia la República siempre habían sido, como ya he señalado, ambivalentes. Eran muy conscientes de que el país al sur de la frontera no era una utopía, y además mostraban un cierto resentimiento hacia la forma como los políticos de la República parecían atender sólo de boquilla a sus demandas. En 1969, numerosos políticos nacionalistas habían viajado a Dublín buscando pistolas y dinero para armarse ante los previsibles pogromos que estaban en camino; a partir de estas iniciativas se desarrolló una turbia conspiración para pasar armas de contrabando al norte, que afectó a dos ministros del gobierno que fueron juzgados pero no condenados debido a la falta de pruebas. Este juicio por las armas en 1970, fue el último brote de la vieja política irredentista del republicanismo intransigente entre los círculos del establishment. El lenguaje usado por el primer ministro, Jack Lynch, sobre el desarrollo de la crisis en el Norte cuando habló por televisión nacional el 11 julio de 1970, marcó un tono completamente nuevo:

No vamos a encontrar ninguna solución a nuestros desacuerdos disparándonos unos a otros. No existe ningún invasor aquí. Todos somos irlandeses de maneras distintas... Hablo ahora a los irlandeses del norte y del sur, protestantes, presbiterianos, católicos y simplemente irlandeses. La totalidad de esta infeliz situación es una lucha entre irlandeses. Admito que otros han participado en ella, sea porque la han malinterpretado o bien porque están haciendo un mal uso, pero no son ellos una parte esencial de la misma. Debemos dejar claramente establecido que ésta es una lucha que se da entre nosotros.

Pido a las gentes de la tradición mayoritaria que reconozcan la verdad de lo que acabo de decir. No apelemos a dioses pasados como si las generaciones del pasado hubieran dicho la última palabra sobre Irlanda... ⑦

⑦ *Irish Times* 13 julio 1970; citado Justin O'Brien, *The Arms Trial* (Dublín, Gill y Macmillan, 2000), págs. 170-172.

También se dirigió a la «gran tradición» del unionismo del Ulster y declaró su compromiso con la amistad anglo-irlandesa; la unificación final era una muy distante aspiración. En 1970, esto era remarcablemente revisionista, especialmente para un ministro del Fianna Fail. Y me parece que fue deliberado el hecho de que Lynch dijera que los irlandeses no debían apelar a «generaciones pasadas» para validar sus acciones en el presente, porque esto es exactamente lo que se decía en la declaración de Proclamación de la República en 1916. La revolución, había sido, en efecto, proclamada en el nombre de dioses y generaciones pasadas. Lynch estaba ahora discutiendo *contra* esta afirmación particular de la libido política y a favor de un reconocimiento de la realidad contemporánea. Se hacía eco del tipo de reconsideraciones de la historia nacionalista irlandesa que estaba teniendo lugar en las universidades, el llamado de manera amplia «revisionismo» histórico. Éste es un movimiento del cual los políticos habitualmente tratan de distanciarse. Pero Lynch puede reclamar ser uno de sus padres fundadores.

Lo que también debe notarse en esta alocución es el distanciamiento respecto de Irlanda del Norte, cuyos problemas, queda implícito, son suyos y deben ser superados en el seno de sus dos identidades en conflicto. En segundo lugar, se señala de manera explícita que Gran Bretaña no es ya más el enemigo tradicional. En los sangrientos años siguientes habría terribles dificultades y terribles acontecimientos, especialmente la muerte por disparos de 13 civiles por parte de un destacamento de paracaidistas del ejército británico en 1972. Pero de todas formas en 1973-1974 los gobiernos irlandés y británico junto con los partidos políticos del norte, pusieron en marcha un sistema de gobierno basado en el reparto del poder conocido como «Sunningdale», junto con la creación de un cuerpo político que representaba al Norte y al Sur (el «Consejo de Irlanda»), en la primera de las iniciativas políticas para reconstruir la política del norte. Esta iniciativa fracasó, debido a una huelga de trabajadores unionistas y, de nuevo, por la pusilanimidad del gobierno británico. Pero estableció nuevos términos. Y uno de sus animadores era el ministro de asuntos exteriores de la República, Garret FitzGerald, que se cuando llegó a ser primer ministro se embarcó en una política para intentar atraer a los unionistas del norte.

En solitario entre los políticos irlandeses del momento, FitzGerald vio que una parte esencial para todo esto pasaba por el desmantelamiento de los aspectos sectarios y confesionales que conformaban el perfil de la República y que alejaban a los unionistas del norte de la simple idea de la misma. Se enfrentó así no sólo con nacionalistas tradicionales sino con la Iglesia católica y el propio papa Pablo, en tanto que se involucró en las campañas por la introducción de la contracepción legal y el divorcio. Esto coincidió con la llegada de una distintiva, articulada y eventualmente influyente presencia feminista en la vida irlandesa —la cual, yo creo, hizo más para erosionar el poder social de la Iglesia católica que la revelación de escándalos sexuales en el clero una década más tarde. Este proceso alcanzó su clímax en 1990 con la sorprendente elección de una mujer presidenta, feminista y liberal, que había estado involucrada personalmente en la campaña para liberalizar las leyes sobre la disponibilidad de métodos contraceptivos y estaba notoriamente determinada a *no* jugar la carta católica. Preguntada agresivamente sobre su religión sólo dijo: «No soy una católica no-practicante».

Por entonces Garret FitzGerald y Margaret Thatcher habían firmado —simbólicamente en Hillsborough, la sede del gobierno de Irlanda del Norte— el Acuerdo anglo-irlandés de 1985. Éste institucionalizó el derecho de la República a tener un cierto grado de presencia en los asuntos del norte, especialmente cuando concerniera a la minoría; pero garantizó igualmente la posición constitucional de Irlanda del Norte dentro del Reino Unido en tanto una mayoría lo deseara. El acuerdo reconoció el hecho de que la República no se iba a preocupar mucho más por los demonios de la partición y era de hecho «particionista» en todo, excepto en el nombre.

A estas alturas, a finales de los años ochenta, los observadores políticos más inteligentes del norte notaron que los parámetros estaban cambiando. La identidad nacionalista en el pequeño estado norteño no podía esperar ya más apoyo irredentista proveniente de la República, que estaba ahora muy íntimamente alineada con Gran Bretaña en su actitud hacia esta parte de la isla sin gobierno —y ciertamente no quería asumir en él ninguna responsabilidad económica ni política. Al mismo tiempo la campaña del IRA en el norte no iba a conseguir su objetivo de bombardear a los británicos hasta expulsarlos. El problema no era si los

británicos querían permanecer (que no querían) sino que los unionistas locales estaban determinados a seguir siendo británicos. Significativamente es justo en este momento (1988) cuando el líder del nacionalismo constitucional de Irlanda, del SDLP, John Hume, asumió el riesgo de abrir negociaciones con el líder del Sinn Fein, Gerry Adams, para intentar presentar algún tipo de frente unido para una iniciativa de paz, con algún alto el fuego del IRA. Desde el punto de vista de Hume, estas acciones significaban un reconocimiento de que el apoyo que el Sinn Fein estaba ganando entre el electorado nacionalista en el norte era un hecho consumado y que lo mejor que podía hacerse era, por así decir, domesticarlo. Muchos de sus colegas vieron (correctamente) que a largo plazo esto podría destruir el SDLP, y desde luego tuvieron razón. Si la recompensa era ganar al Sinn Fein para una vía política constitucional y la renuncia a la violencia (como ha sucedido con grupos republicanos en ocasiones anteriores de la historia de Irlanda), el precio parece haber merecido la pena.

Pero el significado de la postura de Adams al mostrar su acuerdo con este frente amplio debe ser igualmente destacado: significaba que estaba, en definitiva, de acuerdo en trabajar sobre la base de la aceptación de Irlanda del Norte como unidad en vez de destruirla. Y ello a su vez sugiere dos demandas a propósito de la identidad católico-nacionalista tradicional. Una, que la reunificación con la República no era ya (si es que nunca lo fue) una posibilidad ni siquiera remota, y que la actitud de la República hacia Irlanda del Norte había ido siendo crecientemente distante. En segundo lugar, el reconocimiento de que el problema no era la presencia británica en Irlanda del Norte, sino la existencia allí de una mayoría de la comunidad unionista.

Este reconocimiento de las cosas no se produjo de manera instantánea entre la identidad republicana tradicional ⑧. Ciertamente, a inicios del siglo XXI, la cuestión de las identidades irlandesas y de los conflictos que en ellas se inscriben han cambiado radicalmente ⑨. En los noventa el acuerdo anglo-irlandés ya estaba en vigor y el unionismo del Ulster había producido un líder, David Trimble, que maniobró para que su partido le siguiera en el apoyo al Acuerdo de Viernes Santo y en la participación en el reparto de poder con el Sinn Fein en una Irlanda del Norte reasegurada. ¿Iba a ser este el fin de la historia?

Soy reticente a llevar todo esto más lejos, pero muchos de ustedes sabrán que el final no está a la vista. La falta de progreso desde entonces es en gran medida debido a las dilaciones sin fin para el desarme del IRA y a las dudas sobre el grado de compromiso del Sinn Fein con una política plenamente democrática. Desde el otro lado, el unionismo reaccionario ha ganado ascendente; Trimble y su partido se han visto diezmados. ¿Estamos de vuelta a los años sesenta, cuando el líder unionista del Ulster Terence O'Neill fue mucho más lejos que sus encastillados correligionarios y pagó el precio? Las elecciones en Irlanda del Norte han reconstituido el mapa político, así que los dos partidos más grandes representan los dos extremos —el irreconciliable unionismo a la sombra del DUP (Partido Democrático Unionista) y un acrecentado Sinn Fein que, como se preveía, ha desplazado al SDLP. ¿Es ésta la simplificación final de las identidades en conflicto, reducidas como un residuo químico en el crisol de Irlanda del Norte? Y si es así, ¿compartirán *alguna vez* el poder contra un trasfondo de políticas de la identidad cuya fundamentación misma es que no se puede confiar en el otro lado, que nunca se ha comportado a lo largo de la historia de manera que merezca confianza? Una historia que, para cada una de las identidades en conflicto, es leída e interpretada de maneras directamente opuestas.

⑧ Si miramos hacia atrás, a la generación de los republicanos revolucionarios de los sesenta, vemos como la más prominente de todos, Bernadette Devlin McAliskey, señaló furiosa que el acuerdo anglo-irlandés de 1985 instituía «un proceso cuyo objetivo es la erradicación del republicanismo» (Malachi O'Doherty, *The Trouble With Guns: Republican strategy and the Provisional IRA* (Belfast, Blackstaff, 1998), pág. 209); nada sorprendentemente Bernadette Devlin no apoyó las negociaciones Hume-Adams y denunció el Acuerdo de Viernes Santo en términos similares.

⑨ Buena parte de todo ello ha saltado a la atención pública en el llamado «Irish Forum», una discusión pública sobre la identidad nacional irlandesa y el futuro del norte, patrocinado por el gobierno irlandés y que tuvo lugar en Dublín en 1983; más o menos boicoteado por los unionistas y reflejo de una conciencia nacionalista, lo más interesante es lo muy flexible que el nacionalismo estaba llegando a ser: Debería hacerse notar también que tuvo lugar con el trasfondo de las muertes de los prisioneros del IRA en el norte en huelga de hambre, que perseguían alcanzar el estatus de presos políticos, un episodio que como el Domingo Sangriento, removió poderosamente sentimientos nacionalistas atávicos en ciertos sectores del cuerpo político irlandés.

Conclusión

Esta es una lectura sombría de cómo están las cosas al norte de la frontera. Pero ¿qué ha estado sucediendo en la República? Como ya he dicho, se ha establecido el reconocimiento de la partición. La frontera no va a desaparecer como una tirita que cae de una herida; en su lugar los que han desaparecido son los artículos 2 y 3 de la Constitución irlandesa, aquellos que reclamaban el derecho a extender su jurisdicción sobre el Norte. En un referéndum tras el Acuerdo de Viernes Santo, una mayoría del 94 % votó a favor de abolirlos y sin dejar ninguna cicatriz detrás. Un comentarista esperanzado lo vio como «un reconocimiento de que la identidad está enraizada menos en las relaciones entre la gente y el territorio que entre las relaciones de una persona a otra»¹⁰. Pero parece más lógico ver aquí un rechazo del norte por parte del sur.

¿Significa esto que la identidad en la nueva República es posnacionalista?

Aparentemente, no. A la manera de las paradojas a las que los historiadores deberíamos estar acostumbrados, la aparente desaparición del tema del norte ha permitido un cierto reavivarse de los placeres y comodidades del nacionalismo autocelebratorio y xenófobo, y el ejercicio de la libido política de que hablaba Koestler. En muchos aspectos, la república de Irlanda parece sorprendentemente moderna y multicultural. Los intentos para reforzar el uso del irlandés como lengua han sido un fracaso espectacular; con una Irlanda convirtiéndose en una nación de inmigrantes, hay ahora más hablantes de polaco como lengua materna que hablantes de irlandés. La confianza en su cultura y un alto perfil de consideración internacional han ayudado a establecer una identidad irlandesa confiada en el mundo que depende mucho menos de los viejos tropos del victimismo y el exclusivismo sectario. Sea todo esto muy bienvenido.

Pero al mismo tiempo el hecho mismo de la inmigración, de las dislocaciones del tegumento social tradicional, han puesto de nuevo de relieve a la identidad y la política identitaria¹¹. El distanciamiento del norte ha permitido reavivarse a algunos elementos del nacionalismo del viejo estilo que ahora parece un lugar más seguro. De nuevo, ello refleja las dislocaciones de la posmodernidad; como un analista ha señalado. «el neonacionalismo compensa por el hastío experimentado ante la estandarización de la identidad cultural y propugna una nueva relación con la peculiaridad nacional»¹². En Irlanda esto puede significar incluso demandas sobre la identidad nacional muy pasadas de moda y exclusivistas.

También hay razones políticas de carácter práctico para este desarrollo. Es el caso del Sinn Fein que está ahora reorganizándose en la República, donde quiere jugar un importante papel, desde que ha aceptado implícitamente que las «Dos Irlandas» continuarán como entidades separadas en el futuro próximo. El Sinn Fein se ha «domesticado», incluso. Gerry Adams y su familia aparecieron en un número reciente del equivalente a la revista *¡Hola!* en la República describiendo de manera complaciente su estilo de vida y declarando su felicidad por «estar todavía en pie tras treinta años»¹³. Aquellos que recuerden lo que ha estado haciendo durante gran parte de estos treinta años esto les parecerá algo surrealista. Pero para sus rivales políticos en otros partidos en la República son más preocupantes los vínculos del Sinn Fein con el crimen organizado de carácter mafioso y su acceso a grandes cantidades de dinero procedentes de atracos a bancos y del crimen organizado; dinero que financia además una muy hábil operación política. Así es que el gobierno del Fianna Fail mira nervioso hacia las próximas elecciones y ha reaccionado a la amenaza que representa el Sinn Fein proclamando ruidosamente sus propias credenciales nacionalistas: en concreto su determinación de celebrar

¹⁰ Declan Kiberd, citado Terence Brown, *Ireland: a social and cultural history, 1922-2004* (Londres, Macmillan, 2004), pág. 398.

¹¹ Como Anthony Appiah ha señalado para el caso de las comunidades americanas y las políticas de la identidad, las demandas de carácter más defensivo han encontrado una expresión o están haciéndolo, cada vez más estridente en tanto en cuanto cada vez hay menos «Otrredad» que defender: «La nueva manera de hablar de la identidad ofrece la promesa de formas de reconocimiento y solidaridad que puede maquillar la pérdida de las ricas confortabilidades de la vieja etnicidad» (*New York Review of Books*, 19 octubre 1997). Demandas exclusivistas identitarias han sustituido además ciertos aspectos de la política de división entre la izquierda y la derecha en la era postmoderna e Irlanda no ha sido inmune a ello.

¹² Patrick O'Mahony y Gerard Delanty, *Rethinking Irish History: nationalism, identity and ideology* (Londres, Palgrave, 2001), pág. 177.

¹³ *V.I.P.*, no 1, septiembre 2002.

el 90 aniversario del alzamiento de 1916, como de hecho hicieron el mes de abril pasado, con una agresiva pompa militar y el máximo nivel de autosatisfacción nacional.

Buena parte de todo esto es una inofensiva forma de política del patrimonio histórico ávidamente adoptada por los responsables de turismo con tal de elevar las cifras de visitantes: por los museos locales a la caza de ayudas y celebridades irlandesas (como el actor de Hollywood Colm Farrell) ansioso de hacer saber que procede de una cultura bronca. Pero abre interesantes interrogantes que nos devuelven al principio de esta intervención. El alzamiento de 1916, como empecé diciendo, *ignoró* el obstáculo real para la existencia de una república independiente, gaélica, católica y nacionalista, que era la existencia del millón de unionistas que vivían en la isla. Los acontecimientos producidos desde los años sesenta han visto a *esta* incómoda forma de identidad irlandesa pasar a ocupar veladamente el punto de mira. Al menos su existencia es reconocida por los nacionalistas de la corriente mayoritaria que creyeron que al reconocer la posición de los unionistas, estos podrían incorporarse a un nuevo, moderno y secularizado estado europeo. Pero, en cambio, el resultado de afrontar la existencia de los unionistas ha sido la aceptación de la frontera y el darse cuenta de que Irlanda del Norte, por muy insatisfactoria que resulte como entidad, no va a desaparecer.

Si el supuesto implícito del alzamiento de 1916 fue «Olvidemos la Irlanda protestante y proclamemos una Nueva Jerusalén aquí», ésta es la realidad ahora aceptada. «El Pueblo Irlandés», una expresión muy utilizada en su momento, es ahora retomada para definir lo gaélico, nacionalista y católico (o poscatólico). Mirándolo en este sentido, la idea de conmemorar 1916 parece bastante inapropiada, pero no es un sentido que cualquiera quiera admitir.

Pienso que lo cierto es que, cuando los historiadores miren hacia los treinta últimos años de la historia irlandesa, harán énfasis en el tema de las identidades en conflicto y no los verán tan fácilmente resueltas en el siglo XXI. Las evidencias nos muestran que las anti-patías sociales y religiosas se han incrementado en el norte incluso cuando el «proceso de paz» ha avanzado. Además, los desarrollos sociales en el norte y el sur han divergido dramáticamente. Los odios continúan y el odio es un tema central en la historia de Irlanda. La escritora polaca Eva Hoffman, una aguda analista de sociedades fracturadas, ha señalado como las sociedades marcadas por los antagonismos mantienen perspectivas de larga duración y ha sugerido que ello tiene sus ventajas para el historiador, una vez estos pueden ir más allá del «momento fijado del trauma» hacia la «historia común de los grupos antagonistas». Añade que esto «nos puede capacitar para cuestionar y criticar los usos dudosos y propagandísticos de la memoria colectiva»¹⁴. Esto es lo que más se necesita en sociedades como Irlanda y en muchos otros lugares de Europa también. Pero primero tenemos que ajustar cuentas con la problemática «libido política», en donde se refugian las identidades en conflicto mediante identificaciones autojustificadoras y autosuficientes concepciones de su historia. Y en Irlanda parece haber todavía pocas señales de todo esto ■

¹⁴ «The Balm of Recognition: rectifying wrongs through the generations», en Nicholas Owen (ed.), *Human Rights, Human Wrongs: The Oxford Amnesty Lectures 2001* (Oxford University Press, 2002), pág. 302.

Bibliografía seleccionada

ARTHUR, PAUL, *Special Relationships: Britain, Ireland and the Northern Ireland Problem* (Belfast, Blackstaff, 2000).

<http://cain.ulst.ac.uk/index.html>

COMERFORD, R.V., *Inventing the Nation: Ireland* (Londres, Hodder, 2003).

ENGLISH, RICHARD, *Armed Struggle: the history of the IRA* (Londres, Macmillan, 2003).

FOSTER, R. F., *The Irish Story: telling tales and making it up in Ireland* (Londres, Penguin, 2001).

GREGORY, ADRIAN y PASETA, SENIA (eds.), *Ireland and the Great War 'A War to Unite Us All?'* (Manchester University Press, 2002).

HOWE, STEPHEN, *Ireland and Empire: colonial legacies in Irish history and culture* (Oxford University Press, 2000).

KENNEDY, LIAM, «Modern Ireland: post-colonial society or post-colonial pretensions?», en *Colonialism, Religion and Nationalism in Ireland* (Institute of Irish Studies, Belfast, 1990).

MANSERGH, NICHOLAS, *The Unresolved Question: the Anglo-Irish settlement and its undoing, 1912-1972* (Londres, Yale University Press, 1991).

O'BRIEN, JUSTIN, *The Arms Trial* (Dublín, Gill y Macmillan, 2000).

O'CONNOR, FIONNUALA, *In Search of a State: Catholics in Northern Ireland* (Belfast, Blackstaff, 1993).

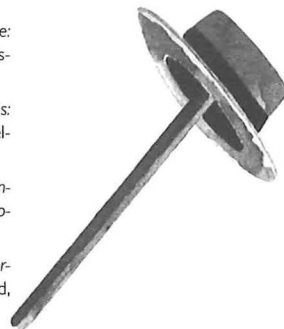
O'DOHERTY, MALACHI, *The Trouble With Guns: Republican strategy and the Provisional IRA* (Belfast, Blackstaff, 1998).

O'MAHONY, PATRICK y DELANTY, GERARD, *Rethinking Irish History: nationalism identity and ideology* (Londres, Palgrave, 1998).

PATTERSON, HENRY, *Ireland Since 1939: the persistence of conflict* (Dublín, Penguin Ireland, 2006).

TOWNSHEND, CHARLES, *Easter 1916: the Irish Rebellion* (Londres, Allen Lane, 2006).

WHYTE, JOHN, *Interpreting Northern Ireland* (Oxford University Press, 1990).



Viñeta de Eduardo Arroyo para *Ulises*, de James Joyce.

